

ción en que los personajes están colocados en escena al levantarse el telón produce ya en el público una vaga impresión de tristeza.



ESCENA IV.—Clown y Joanet

Al fondo, dos *payeses* dormitan en un banco á la puerta de la iglesia; el vago *Tofol* ronca mientras su mujer reza en el templo; *Joanet*, en tanto, lee un libro, y á la puerta de la taberna un aldeano cómodamente repantigado, con la baraja en la mano, el clásico *porrón* sobre la mesa y la cajetilla repleta, pásase todo el tiempo que dura la representación haciendo solitarios, echando tragos y fumando cigarrillos... Todo ello sin hablar una sola palabra.

Dentro de la iglesia los fieles entonan el *Ave María*, y de vez en cuando una ráfaga de viento despoja á los árboles de la plaza de las hojas secas, que revolotean un momento por el aire, y caen...

Hay un no se qué en el ambiente, pesado, triste, monótono...

Las siguientes escenas contribuyen á dejar vigorosamente hecha la pintura de aquel pueblo sin ideales ni entusiasmos, calculador, frío, metalizado...

De pronto un suceso inesperado viene á romper la monotonía de aquella vida insostenible. Los hombres abandonan el trabajo y salen á la calle; las mujeres, descuidando sus faenas, se asoman á las puertas; los chicos saltan y gritan, corren y brincan...

El sol rompe en girones las nubes que le ocultaban y un torrente de luz cae sobre la escena mientras penetra en ella un carretón de titiriteros á los acordes del destemplado parche de un tambor.

El carretón va tirado por un escuálido caballo, sobre cuyas ancas cabalga un mono caprichosamente vestido como el *Raul* de *Los Hugonotes*.

El pueblo rodea el vehículo, y el *clown*, haciendo sonar de vez en cuando el parche del tambor, expone el programa de la función que momentos después piensa ofrecer al *respectable público*. En el carro vienen, además del *mono* y el *clown*, *Puñetazos*, el *Hércules* de la *troupe*, y su hija *Zaida*.

Joanet simpatiza con los titiriteros y habla largamente con el *clown* y con *Zaida*, á la que declara su amor, sorprendiéndoles *Puñetazos* en el instante en que los dos jóvenes están dándose un beso. El *Hércules* obliga á *Zaida* á entrar en el carro á empujones, y *Joanet*, ciego de ira, desafía á *Puñetazos*.

Convocado el pueblo en la plaza celébrase la función de títeres, escena hermosísima, llena de verdad, y en la que *Rusiñol* demuestra que es autor y literato; y, al terminar, *Zaida* va pasando la bandeja para recoger la buena voluntad del público.

Al llegar con la bandeja al sitio donde *Joanet* se halla, éste deposita en ella una moneda, pero *Zaida* rápidamente coge la moneda en el aire y la arroja al suelo con rabia.

Puñetazos golpea á *Zaida* y el público se indigna de que así hayan despreciado su dinero, increpando á los saltimbanquis y amenazándolos si vuelven á pisar el pueblo...

Pero el *clown*, desde su carro, orgulloso, indignado, devuélveles su dinero, y se marchan condenando á los habitantes de aquel pueblo á no volver á gozar la alegría de verlos, á que vivan en la eterna tristeza, partiendo el carretón al galope del escuálido caballo, que hostiga sin cesar el *mico*, mientras el *clown* lanza á los aires un grito lleno de alegría:—*Viva la Bohemia!*

Los obreros vuelven á su trabajo, las mujeres enciérranse en sus casas, los chiquillos desaparecen, *Joanet* recobra nuevamente su libro, en la iglesia entónase el *Ave María*... Anochece... Las hojas de los árboles despréndense arrancadas por las ráfagas del viento... El de los *solitarios*, rendido por el trabajo que ha estado haciendo, después de agotar el *porrón* y apurar la cajetilla, quédase profundamente dormido...

Este es, á grandes rasgos, el argumento de *La alegría que pasa*, la más hermosa obra de *Rusiñol*, obra que ha sido el éxito de la temporada en el *Teatro Lírico*, y que después valió una ovación á *Italia Vitaliani* cuando la representó vertida al italiano.

De la versión castellana que de su obra ha hecho el mismo *Rusiñol*—y que es bastante incorrecta, por cierto—reproduzco la escena siguiente:

ESCENA VI

JUANILLO Y EL CLOWN

(*Juanillo habrá permanecido en escena contemplando á los titiriteros.*)

CLOWN.—(*Improvisando una pista y tarareando una canción.*) Bueno... Ahora la alfombrilla... Ahora las pesas vacías por dentro, como su dueño... y tantos otros que yo me sé... Aquí la mesita de las trampas ¡el banco azul!... Aquí...

JUANILLO.—¿Está ya todo preparado?

CLOWN.—(*Mirándole fijamente.*) Falta el mono.

JUAN.—(*Invitándole á fumar.*) ¿Fumas...?

CLOWN.—Según caen las pesas... y según los pueblos... En este fumaré... si tú quieres... ¿Eres del pueblo?

JUAN.—Soy el hijo del Alcalde...

CLOWN.—¿Caramba... tan joven! Aquella es tu casa... (*Ofreciéndole el carro.*)

JUAN.—Gracias... ¿Sois tres los inquilinos?

CLOWN.—Y el caballo y el mono, cinco.

JUAN.—Esa chica, ¿es hija de *Puñetazos*?

CLOWN.—¡Cá, hombre, cá! Eso se dice para dejar á salvo el honor del carro... Debe ser hija de alguna revuelta del camino... de alguna casilla de peón caminero, ó de algún palacio de guarda-agujas... Nació... de paso, como nacemos todos nosotros.

JUAN.—¿Por qué va con ese hombre?

CLOWN.—¡La domó de niña!



ESCENA VII.—Clown

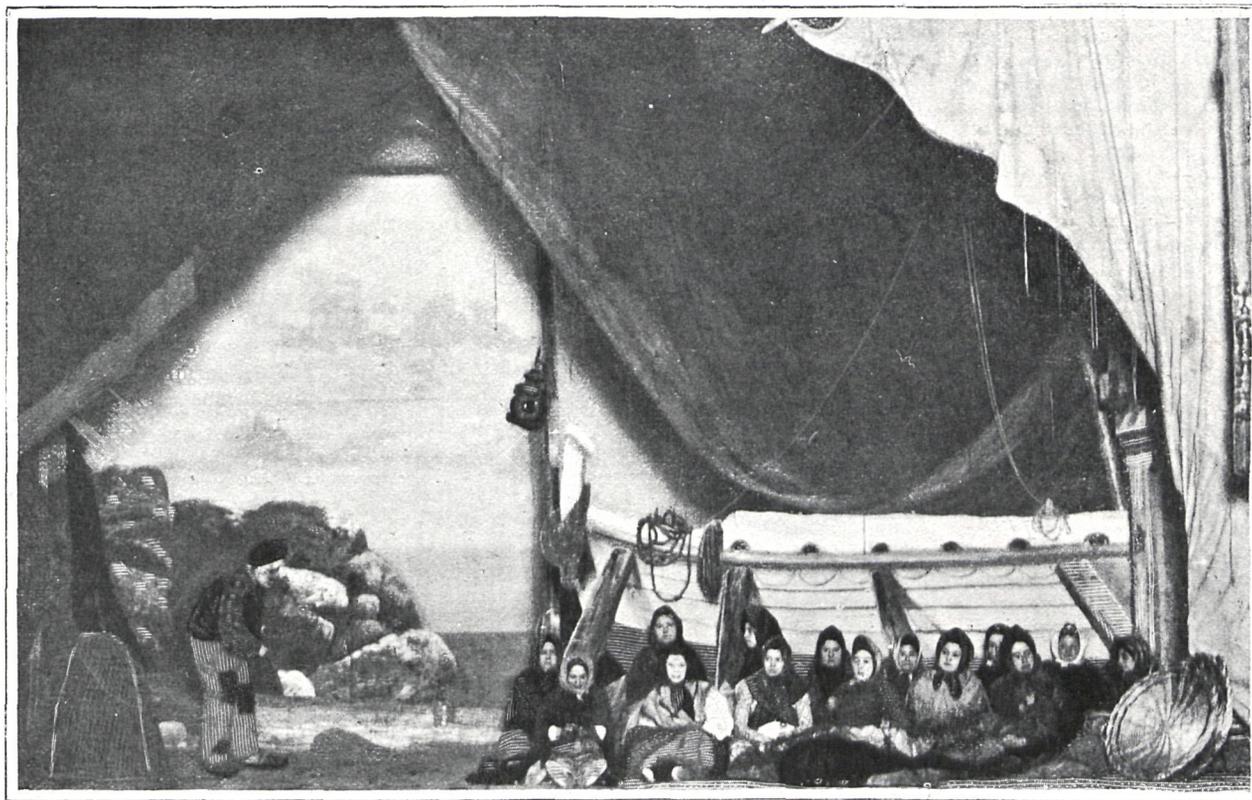


ESCENA X.—Zaida y Joanet

JUAN.—¡Pobre muchacha! Y tú, ¿de dónde eres?
 CLOWN.—¡Qué se yo! Apostaría á que nací en la cuneta de una carretera... ¿No has visto cómo, después de un chaparrón, de cada gota de agua, al mezclarse con el polvo, salta un renacuajo? ¡Pues así debí nacer yo!
 JUAN.—(Riendo.) ¡Vaya una salida!
 CLOWN.—No; no es guasa... Una orgía... una carcajada... una lágrima, arrancada por la misma carcajada, debió caer sobre el polvo, se hizo barro y... ¡aquí estoy yo! ¡Un salto mortal y... á vivir!
 JUAN.—Eso es nacer á la aventura...
 CLOWN.—Eso es nacer como simiente perdida, como grano de trigo caído del saco de un carro y que los gorriónes despreciaron...
 JUAN.—¿Sin cuna ni pañales?..
 CLOWN.—¡Sin nada! ¡Tal vez me bautizaron en el primer charco que encontraron al paso...!
 JUAN.—Y por confites... ¡una granizada!

piaba dulcemente hasta que el vino se le subía patas arriba y se caía del trapecio, quedándose dormido en el suelo, roncando como un becerro.

JUAN.—¡Qué animal!
 CLOWN.—¡Diez años pasé al lado de aquel bárbaro.
 JUAN.—¡Qué barbaridad!
 CLOWN.—¡Ni comer sabía! Mi único alimento era el polvo del camino. Puede decirse que hasta la edad de quince años no estrené la dentadura.
 JUAN.—¡Vaya una vida!
 CLOWN.—¡Cá, hombre, cá! Aquello fué el aperitivo... las aceitunas... ¡las mantillas del oficio! Pero en cuanto llegué á clown, cuando me puse la peluca blanca con el *kikiriquí* empingorotado, ningún gallo largó un *do...* de pluma tan fuerte como la carcajada burlesca que yo solté al ver cuanto me rodeaba.
 JUAN.—¿Y no ambicionas ser rico?
 CLOWN.—Sólo quisiera ser dueño de una carretera larga,



LA ROSONS.—ESCENA II.—Avi Xena y Coro

FOT. ESPLUGAS

CLOWN.—¡Qué granizada! ¡Un sol más grande que una hogaza! Lo malo es que, al empezar á vivir, empezaron los apuros... A los cuatro años ya era yo pelota.
 JUAN.—¿Pelota?
 CLOWN.—Pelota volandera. El verdugo aquel que me daba la comida con cuenta gotas, tumbado de espaldas en el suelo me hacía con sus piernas dar volteretas en el aire con tanta gracia que apenas sabía yo andar... ¡y ya sabía volar! Toda mi personalidad era un puro descoyuntamiento... Por la docilidad de mis huesos y por una sonrisa de chiquillo aventurero que nunca me abandonaba, llenaba en verano siempre la bandeja...
 JUAN.—¿Y en invierno no?
 CLOWN.—En invierno no se dá limosna. La gente tiene pereza de sacar las manos del calor de los bolsillos.
 JUAN.—Y el *Hércules* aquel, ¿es el que viaja con vosotros?
 CLOWN.—¡Qué ha de ser! ¡Lo menos pesaba cien kilos más! ¡Este es una mariposa...! Le llamaban *Barrafija*.
 JUAN.—Barra... ¿qué?
 CLOWN.—Fija. Colgado de los pies en el trapecio, se bebía una botella de ajenjo, pegaba á su mujer y se colum-

muy larga, con todos los peones á mis órdenes, y yo corriendo de un extremo al otro como una golondrina.

JUAN.—¿Y amar?
 CLOWN.—¡Siempre! Pero siempre de paso... Un beso empezado en este pueblo y terminado en el otro. Una mirada aquí... Un abrazo más allá... ¡Amando, amando siempre, y empezando, sin acabar amores nuevos!... ¡Siempre de un día...! ¡Ah!
 JUAN.—(Envidioso.) ¡Qué hermosa vida!
 CLOWN.—¡No conocer el dolor del desencanto!
 JUAN.—¡Me lo figuro!
 CLOWN.—¡El agrídulce del amor que pasa!
 JUAN.—¡Lo adivino!
 CLOWN.—¡No escudriñar el alma! ¡No malgastar la vida! ¡Ah! No sabes lo que es la ilusión de lo que huye, ni lo que es la libertad...
 JUAN.—¡La presento! Encajado en este pueblo, parece que llevo una armadura de hierro que me aprisiona. Quisiera escapar y me siento amarrado al pueblo...
 CLOWN.—¡Si lo probases...! ¡Ser libre...! Decir: ¡*Todo es mío!* No tengo paredes que me aprisionen... La vida es

mía... sin estorbos ni barreras... ¡Ancha, inmensa y abierta de par en par..., como la boca de mi mono!

JUAN.—¡No atices mis deseos que harto encendidos están!

CLOWN.—¿Qué es la miseria teniendo juventud?

JUAN.—¡La esperanza...!

CLOWN.—¿Qué son las penas teniendo alas para huir de ellas?

JUAN.—¡Miserias que abandonamos!

CLOWN.—Dicen que hacemos reír... ¡Ja! ¡Ja! ¿Y qué? ¿Por ventura no me río yo de todos los que se rien de mí? Los reyes, los soldados, los labriegos, los artistas, todo es una inmensa casa de locos que solo me causa risa... Todos ellos juntos no valen lo que un pedacito de cielo en el fondo de una llanura partida por un sendero...

JUAN.—¡Oyéndote, parece que me nacen alas!

CLOWN.—¡Compadre! Tienes la espalda dura para que te nazca la pluma... Todo lo más, *coñones de polemic...* ¡y gracias!

La Rosons es un delicadísimo poema de Apeles Mestres que impresiona y conmueve fuertemente porque está escrito con la sencillez y ternura que Apeles Mestres ha puesto en sus *Idilios*.

La Rosons es una pobre loca que, perdida la razón á consecuencia de haber perecido en un naufragio su prometido, que era pescador, vaga errante por los bosques y de vez en cuando se acerca á las orillas del mar cantando canciones en las que increpa á las irritadas olas por haberle robado á su novio.

Existe entre los pescadores del pueblo la preocupación



LA ROSONS.—*El Avi Xena*

ha compuesto el joven maestro Enrique Morera es genial, inspiradísima, y le ha proporcionado dos ruidosos triunfos.

JOSÉ JUAN CADENAS.

de que cuando *La Rosons* aparece entonando sus canciones se aproxima una tempestad. Toda la obra reduce-se, pues, á presentar un momento en el que los pescadores se disponen á lanzarse á los botes para buscar el sustento en alta mar... El día esplendido, luce el sol y los pescadores muéstranse alegres, risueños. De pronto *La Rosons* lanza á lo lejos su canción característica:

«Era meu, era beu meu,
era meu y vas robarme !;
¡mala sort te donga Deu,
qui't vejés sens gota d'ay gua!

Era meu y me l'has pres
¡lladre lladre!, ¡mes que lladre!

Un viejo pescador, el *Avi Xena*, recuerda á los marineros lo que la canción quiere decir, al propio tiempo advierte una imperceptible mancha en el horizonte, diáfano y sereno, al parecer. Los pescadores vacilan, y por fin suspenden la pesca... Momentos después la tempestad se desencadena formidable y termina la obra con una hermosa página musical, describiendo el furor de las olas embravecidas, mientras *La Rosons*, en pie sobre un picacho, arroja piedras al mar cantando siempre:

Era meu, era ben meu
era meu y vas robarme !...

La música que para *La*

Alegria que pasa y *La Rosons*



LA ROSONS.—ESCEÑA FINAL

FOTS. DE ESPLUGAS



«LA. EQUITATIVA» ES LA SOCIEDAD DE SEGUROS MAS PODEROSA DEL MUNDO

IMP. FOTOG. Y TRICOLOR DE «NUEVO MUNDO», SANTA ENGRACIA, 57